Tomen, “Esto es mi Cuerpo”…..“Ésta es mi Sangre”

Mc 14, 12-16. 22-26

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

LOS PUNTOS DE VISTAS DE QUIENES PARTICIPAN EN LA EUCARISTÍA DEBEN CONVERTIRSE EN LOS DE CRISTO: PARA QUE PODAMOS LLAMARNOS “CRISTIANOS”.

“Tomad y comed; esto es mi cuerpo... Tomad y bebed; ésta es mi sangre... Mi cuerpo es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida...” Estas palabras de Jesús sintetizan todo el misterio eucarístico. También Pablo dirá: “Prestad atención antes de acercaros a este alimento y a esta bebida: que no os ocurra la desgracia de comer y beber sin alimentaros y sin calmar vuestra sed”. También la Iglesia nos recomienda precisamente esta toma de conciencia cuando nos dice que tenemos que tener conciencia y pensar a quién se va a recibir. En realidad, si lo pensamos bien, el alimento es tal en la medida en que se pierde, desaparece y muere para convertirse y llegar a ser carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Para expresarlo con la imagen evangélica: si el grano de trigo se niega a morir enterrado, se vuelve imposible la espiga.

Con la participación en el Pan eucarístico, el hombre viejo debe morir y dejarse asimilar por el Hombre nuevo, o el alimento ya no es tal. La eucaristía es una «angostura» tremenda que no perdona. Jesús ha dicho: El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él….también el que me coma vivirá por mí. (Juan (SBJ) 6, 56-57). Tal vez sean éstas las palabras más graves, las palabras que implican mayor responsabilidad para quienes participan activamente en la eucaristía. Es la madre que vive de y para los hijos, de y para el esposo porque está toda unificada-gravitada-concentrada. De este modo, los pensamientos, los puntos de vista, los centros de interés y mentalidad de quienes participan, esto es tomar parte, en la eucaristía deben convertirse en los de Cristo: para que podamos llamarnos “cristianos”.

ORACION

Jesús, me dices que tu cuerpo «es verdadero alimento» y tu sangre «verdadera bebida»: cómo quisiera que estas palabras fueran verdaderamente creativas, es decir, que produjeran lo que significan. Cómo quisiera llegar a ser una humanidad añadida a la tuya: dejarme asimilar por ti de manera que pudiera decir con Pablo: “Ya no soy yo quien vivo, sino que es Cristo el que vive en mí”. Ya no soy yo quien piensa-habla-actúa, sino que eres tú el que piensas-hablas-actúas en mí y conmigo. Comprendo bien que tú eres «el Verbo de la vida» y que, por eso, sólo en la medida en que me adhiera a ti será verdadera mi vida, porque estará llena de ti. Tú me dices: «Si alguien se alimenta de mí, yo estoy en él y él en mí»: cómo quisiera trabajar-pensar-hablar permaneciendo en ti. Tú me dices: «Sin mí no podéis hacer nada»: cómo quisiera no hacer verdaderamente «nada» sin estar inspirado-mandado-informado por ti.

Si todo en mí fuera «cristo-mandado», mi voz, con tanta frecuencia alterada y nerviosa, iría asumiendo poco a poco el timbre dulce y suave, dócil y apacible de la tuya, de la voz del buen pastor.